

Al rescate del amor pedagógico

Rosa María Meléndez Soto

La tarea del educador moderno, no es podar las selvas, sino regar los desiertos.
C.S. Lewis

Introducción

Hace muchos años, después de haber concluido los estudios de maestría, mi madre me sugirió buscar algunas clases en la universidad. A pesar de haber tenido toda mi vida inclinación por la docencia, la idea me pareció un tanto descabellada, principalmente por el miedo que me causó: “¿Qué podría yo enseñar?”; sin embargo, empecé.

Hace 16 años que regresé a mi *alma mater* con un rol nuevo y desafiante que, a través de los años, me he percatado no es tan distinto al que ya conocía de estudiante. Todavía recuerdo la sensación ambigua que sentí al pararme frente a los estudiantes de décimo semestre en calidad de ayudante del profesor titular de la materia, era algo entre emoción y pánico, que se fue transformando en una de las pasiones que le dan sentido a mi vida.

No recuerdo cuánto tiempo ejercí como profesora de manera empírica, siempre tratando de ser congruente con los valores en los que creo, siguiendo por momentos mi lógica, mientras que en otros no sé si mi instinto o intuición, hasta el momento en que descubrí los cursos de formación de profesores, especialmente los del área de formación humanista, y me enteré que había un Ideario (UAA, 2007) y un Modelo Educativo Institucional (UAA, 2007), que pugnan por una educación integral centrada en la persona, fomentando su amor por la patria y por la humanidad; me di cuenta que no había estado tan equivocada.

Como en muchas otras empresas de la vida, el compromiso y el amor por lo que se hace, sin importar qué sea y qué tanta capacidad académica se tenga, pueden obrar milagros. Soy una convencida de que la voluntad y el entusiasmo, así como el interés genuino por el crecimiento propio y el del otro, tienen un mayor impacto sobre el estudiante, que lo que pueden lograr *per se*, los títulos y la preparación técnica y científica.

Desarrollo

Para emprender la tarea de educar, que considero un misterio, son necesarios el autoconocimiento, la capacidad de autocritica y, por supuesto, la humildad. Luchar contra la necesidad de separarnos de los estudiantes y constituirnos en los poseedores de la verdad, generada por el miedo y la concepción tradicional del docente que se encuentra “delante” y no “al lado” del grupo. Como cita Stramiello (2008: 93):

Educar no es una técnica, aunque necesita de técnicas y procedimientos. Educar es un acto conjunto de humanización. Educar implica esfuerzo, orden, sistematización, buenos y malos ratos, sacrificio personal, saber esperar, aprovechar el momento oportuno y rectificar cuantas veces sea necesario, entre otras cosas.

En el vínculo que se establece entre el educador y el educando radica, de manera fundamental, el éxito o el fracaso del proceso educativo: “participando por igual docente y alumnos con sus sentimientos, experiencias e ideas; es decir, con su ser integral” (UAA, 2007; Stramiello, 2008; Tébar, 2016).

Aunque a nivel superior se nos olvide que los jóvenes con los que tenemos la oportunidad de emprender la aventura de buscar algunas respuestas, son seres humanos inacabados y nosotros también, la verdad es que nuestra misión va más allá de la instrucción técnica y debiera priorizar la formación para la vida.

Dice Fernando Savater (2012) que la única forma de revolución pacífica es la educación, porque libera al hijo del pobre de la herencia de la pobreza; en otras palabras, la educación es la vía por la que el propio pueblo puede acceder a la libertad de transformar el mundo por sí mismo. Esta educación sólo será humanista si provoca que la persona pueda integrarse a su realidad, siendo libre e independiente y también solidaria. Enseñar que el problema de los demás es igual al mío, que salir de él todos juntos es política y salir uno solo es avaricia (Alumnos de Barbiana, 1975).

En esta empresa nos encontramos maestros y alumnos con nuestras diferencias, y debiéramos hacerlo empeñando nuestras voluntades en el logro de una tarea común, reconstruyéndonos a nosotros mismos en la única forma que puede hacerse: a través de la mediación de otro (Stramiello, 2008), estableciendo un vínculo amoroso.

El amor, entendido como querer que el otro sea, y sea con la mayor plenitud posible. Afirmar al otro, querer su existencia y desarrollo autónomos. El amor es promover al otro y no imponerle modelos externos, es decir, apoyar su libertad. Respetar al alumno, aceptarlo como es, no sólo diferente a nosotros, sino incluso a lo que habríamos esperado como maestros (De Lucas, 2010). De otro modo, si convertimos la educación en la práctica de “erradicar” las fallas de las personas, le otorgamos una orientación negativa e, incluso, violentamos su dignidad. En este sentido cabe citar el libro “Cartas a una profesora” (Alumnos de Barbiana, 1975) en el que los estudiantes comparan la escuela con un hospital que rechaza a los enfermos y sólo recibe a los sanos, y hace una crítica a los maestros que no encauzan la mayoría de sus esfuerzos en aquellos estudiantes rezagados y con menos herramientas, es decir, los que más los necesitan.

El amor pedagógico también implica alejamiento y ruptura. La educación tiene una dimensión suicida, pues el objetivo es que más tarde que temprano, el educando deje de necesitarlos (Savater, 2012). El discípulo debe ser capaz de tomar lo que le sirva, desechar lo que le estorbe o darle su propia interpretación a lo que el maestro le comparta, para construir sus propios conocimientos e integrarlos a su realidad. Y el maestro debe ser un simple mediador de este proceso.

Esta libertad, en la que debe desarrollarse el proceso de enseñanza-aprendizaje, está integrada

por dos dimensiones: el respeto a la libertad de los otros y el respeto a la propia. La palabra universidad proviene del latín *universitas, -ātis* “universalidad, totalidad”, “colectividad” (RAE, 2016), en su más amplio significado. Este nombre que se le da a nuestra institución implica que sus integrantes hemos de tener la libertad de ser, independientemente de nuestra diversidad. Los estudiantes tienen derecho a escuchar los “más diversos enfoques y orientaciones, siempre en el marco de un programa institucional y en un clima de respeto, ausente de la pretensión de imponer un criterio particular” (UAA, 2007:3).

Para emprender esta ardua tarea se requiere amar con pasión el oficio de la docencia y, por otro lado, amar a quienes van dirigidos nuestros esfuerzos. El amor pedagógico se manifiesta como la búsqueda del perfeccionamiento de los individuos, de acuerdo con sus capacidades reales, e independientemente del área del conocimiento en que desempeñemos nuestro papel de docentes hemos de recordar que nuestros “productos” son seres humanos.

Como menciona Pablo Latapí (1996) en “La defensa de la imperfección” se intenta transferir a la educación el concepto empresarial de “calidad total”, lo que pudiera funcionar en una fábrica de producción en serie para hacer y vender más, pero no puede ser una filosofía del desarrollo humano.

Bauman (citado por Tébar, 2016) alerta sobre los retos de la educación en lo que llama “modernidad líquida” y uno de los más importantes me parece que es considerarla como un producto y no un proceso. En mi opinión, es probable que ahí resida una de las fallas de los organismos evaluadores de las instituciones educativas. El conocimiento no es una mercancía. El reto es “aprender a vivir en un mundo sobresaturado de información [...] preparar a las futuras generaciones a vivir en semejante mundo” (Tébar, 2016: 4) y humanizar.

Conclusiones

Cada ser humano es el primer camino que la escuela debe recorrer, convirtiendo las aulas en laboratorios de humanidad (Tébar, 2016), mientras esto no ocurra, no se obtendrán los resultados esperados pese a las reformas educativas que se implementen.

No podemos cerrar los ojos ante la necesidad de suplir las carencias de la familia, la violencia en la que estamos inmersos, la necesidad de



tolerancia ante la diversidad, expresada de distintas formas, y el ataque constante de contravalores de la sociedad de consumo.

Tenemos ante nosotros un gran número de jóvenes y niños creciendo en soledad, que en ocasiones sienten que vagan sin rumbo y, en casos extremos, son orillados al suicidio; ello nos lleva a cuestionarnos sobre el papel de la escuela.

Puede suceder que en nuestro intento por mejorar el mundo, los educadores tendamos a vivir indignados de manera permanente y sintiéndonos impotentes; sin embargo “educar exige formar al ciudadano para la vida, manteniendo la esperanza en el otro y eso sólo puede hacerse siendo testigo, es decir, dando testimonio y viviendo lo que se pretende enseñar” (Pablo VI, *Evangelii Nuntian-di*). No puede enseñarse aquello que no se vive.

Termino reflexionando si en nuestro trabajo diario respondemos a la exigencia de los ya mencionados Alumnos de Barbiana (1975: 82):

En África, Asia y América Latina, en el sur de Italia, en los montes, en los campos y hasta en las grandes ciudades, millones de muchachos están esperando que se los lleve a ser iguales. Tímidos como yo, imbéciles como Manuel o desganados como Juan. Lo mejor de la humanidad.

Y finalmente, ésa es la propuesta: rescatar nuestro propio valor y el de cada uno los estudiantes por los que deberemos responder; así como ayudar a que todos, ellos y nosotros, seamos la mejor persona que podamos ser.

Fuentes de consulta

- Alumnos de Barbiana (1975). *Carta a una profesora*. (1ª. Edición). México: Ediciones de Cultura Popular.
- De Lucas, L. (2010). *El amor humano en: Explícame la persona*. Recuperado el 26 de diciembre de 2016 en: <http://bit.ly/2IUh7SW>
- Latapí, P. (1996). El derecho a la imperfección. *En Tiempo Educativo Mexicano II*. México: UAA.
- Pablo VI. (1964). *Carta encíclica Evangelii Nuntian-di*. Recuperado el 26 de diciembre de 2016, en: <http://www.clerus.org/clerus/dati/2000-01/22-7/487.rtf.html>
- Real Academia Española (2015). *Diccionario de la Real Academia Española*. Recuperado el 28 de diciembre de 2016, en: <http://dle.rae.es/?id=b6TOjV2>
- Savater, F. (2012). *La Educación en: Ética de urgencia*. España: Editorial Ariel.
- Stramiello, C. (2008). *El vínculo educativo: entre eros y ágape*. Recuperado el 23 de diciembre de 2016, en: <http://bit.ly/2nEvrnC>
- Tébar, B. (2016). *Educar hoy es, ante todo, humanizar. Hacia una pedagogía mediadora con rostro humano*. Recuperado el 23 de diciembre de 2016, en: <http://congreso.dgire.unam.mx/5tocongreso/educar-es-humanizar.PDF>
- Universidad Autónoma de Aguascalientes (2007). *Ideario de la Universidad Autónoma de Aguascalientes*. Primera actualización. Recuperado el 23 de diciembre de 2016 en: http://www.uaa.mx/direcciones/dgdp/defaa/descargas/ideario_institucional.pdf
- Universidad Autónoma de Aguascalientes (2007). Modelo Educativo Institucional. *En Correo Universitario*, Séptima Época, Núm. 15, publicado el 29 de mayo de 2015. Primera impresión. México: UAA.